

I. EL PIRATA, EL ARQUERO Y LA VIRGEN DEL CLAN

Las ceremonias tradicionales del Clan habían dejado hace mucho tiempo de tener gracia para ella. Los alicientes principales, el vaporoso vestido blanco y las flores en el pelo, ya no le hacían la ilusión de antes. Verse envuelta en las amplias telas claras calzando zapatillas de seda había acabado siendo una total tortura y empezaba a preguntarse a qué clase de Ancestro le parecía grato tener a cien personas aguantando una salmodia de pie, al sol, delante de un altar de piedra con símbolos inscritos. La palabra “sádico” había cruzado por su mente varias veces, pero no quería pensar en ello.

Tenía quince años y era una de las últimas veces que luciría las dos trenzas que la identificaban como una niña. En su próximo cumpleaños, su estatus cambiaría, dejando atrás la infancia para convertirse en una Doncella. Aprendería las lenguas antiguas y se soltaría el pelo para que todos pudieran ver que estaba disponible para el matrimonio. Su tía ya tenía un par de candidatos. Ella sólo podía agachar la cabeza y tratar de no salir corriendo cada vez que le mencionaban el tema.

Pertenecía a un Clan matriarcal, heredero de antiguas costumbres ya en desuso fuera de Nahsga; su bisabuela había sido una de las últimas en prolongar el estertor de su cultura gangrenada. Ahora su abuela, a pesar de haber sido la menor de sus hijas, regía el Clan en voz baja. Muy probablemente, la siguiente sería su madre y después... Ella. Era una idea que le hacía sonreír ya que, si de ella dependiera, dejaría vacíos los altares de piedra, quemaría toda vestidura blanca que encontrara y que los Ancestros se la comieran cruda si les apetecía. Al menos su muerte tendría algo de épica.

Esa mañana tenía ganas de llorar. Llevaba mucho tiempo con ganas de llorar. Era una congoja perpetua, una desazón constante; no sabía muy bien por qué. Había estado pensando en la vida desde que habían empezado a hablarle de la llegada de su Doncellez al verano siguiente y de los planes de futuro: *un esposo, una dedicación*. Sentía un dolor difuso en el pecho cuando pensaba en ello. ¿Para qué casarse? ¿Para qué tener hijos? ¿Para que ellos tuvieran más hijos, y así hasta el fin del mundo? ¿Qué alternativas tenía? La perspectiva de dedicarse a recolectar florecitas para los Ancestros le produjo una náusea. Habría dado un brazo por que hubiera algo en el mundo que le apasionase tanto como para seguir viva.

El Ungido seguía cantando mientras llegaba el momento de quemar los inciensos. Ella siempre se mareaba con los inciensos. Miró a su alrededor buscando piedras que evitar, por si se partía la cabeza al caer al suelo. Ya le había pasado alguna vez, el desmayarse en mitad de un Rito.

Al volverse para decir a su madre que se sentía mal, se encontró con el ceño fruncido de su tía. Era un ser bastante obsesionado con las apariencias, con un don de la oportunidad para expresar sus opiniones francamente nefasto. Seguía vistiéndolo de blanco a pesar de su edad, porque no había habido manera de que se casara. Todos le parecían poco. Ella evitó su mirada como pudo y le lanzó una petición suplicante a su madre.

—Madre, me encuentro mal...

—Ya queda poco, hija...

La chica volvió a mirar al frente y una vaharada de humo aromático la envolvió. Tosió un poco y se le llenaron los ojos de lágrimas; no veía bien, la salmodia se perdía en sus oídos...

Cuando volvió a tomar contacto con el mundo, alguien la llevaba en brazos. Sintió cómo la dejaban con cuidado sobre una piedra, y oyó a su abuela murmurar “ay mi niña, ay mi niña...”. Al abrir los ojos, encontró a su madre abanicándola, a su abuela con cara de extrema preocupación y, a lo lejos, vislumbró a todo el resto del Clan cantando en un murmullo ininteligible.

—¿Has comido algo esta mañana? —preguntó su abuela.

—Sí, claro... —intervino su madre, sin dejar de darle aire—. ¿Te has hecho daño?

—No —contestó ella, tratando de incorporarse.

—Ya nos vamos a casa —dijo su madre, con su gesto resignado—. Comes un poco y te echas a dormir. Nosotras nos vamos luego al río. Tú duerme.

Ella asintió, con una leve sonrisa. Dormir. Perder la consciencia y no sentir, durante algunas horas, que lo que quería era perderla para siempre.

Se había levantado de la siesta de un humor apacible. Estaba sola en el tejado esa tarde. Su abuela estaba muy orgullosa del tejado de su casa. Habían hecho muchos sacrificios para conseguir un tejado con tejas y no sólo de cañizo, manteniendo así caliente a la familia y ahorrándose pulmonías y demás males provocados por el frío y la humedad.

Le gustaba subir allí a pensar. Nadie la molestaba. Pensarían que estaba haciendo algo productivo y no la reclamarían hasta la hora de cenar. Si le preguntaban qué había estado haciendo, ella diría que *cosas*. Era lo más cómodo. Fregar loza y demás tareas domésticas entraban en esa categoría, hacer *cosas*. Remendar trapos. Cocinar. Lavar a los críos. Menuda existencia la esperaba.

El sol se ponía a sus espaldas. Los cuatro trozos recosidos y heredados de tela marrón que le cubrían el cuerpo eran diez veces más cómodos que los vestidos blancos de rigor de los Ritos. Pronto le coserían un vestido nuevo. Uno que sólo fuera de ella. Uno para el día que comenzara su Doncellez. Ya sabía de qué iba el tema; madres de muchachos idiotas que conocía de vista o de nada aparecerían en casa cada poco para presentar sus respetos a la abuela e informarse de la dote que le correspondería y hacer cábalas. Por lo menos, había nacido mujer; podría negarse rotundamente o escoger, caso de que a su abuela le conviniesen varios candidatos. Los muchachos tenían que contentarse con las elecciones maternas, sin opción a réplica.

Ya lo tenía todo pensado. Rechazaría todas las ofertas sistemáticamente, retrasando el momento todo lo posible. De los dieciséis al los veintiún años había un largo trecho, y probablemente en ese margen de tiempo se volvería tan loca que acabaría saltando por el acantilado y todo terminaría. Sin esposos. Una dote que se ahorraría su familia.

Se miró las trenzas. Le llegaban hasta la cintura. Pronto podría soltarse el pelo para que todos vieran que estaba en edad de merecer y que podía comenzar la cacería.

La voz de su tía, proveniente de la calle, la sobresaltó.

—...ese muchachito, el de la mantera, ¿qué te parece? Es tan calladito, tan educado; su madre ya ha hablado algo alguna vez... Con lo siesa y lo arisca que es tu hija, por todos los muertos, es todo un partido, si se niega no sabe lo que le conviene... Tan inteligente para unas cosas y tan tonta para otras...

La chica apretó los dientes y tomó aire. Así que tonta.

—A mí no vais a casarme —masculló, mientras bajaba del tejado.

Las sienes le latían dolorosamente. Le temblaban las manos cuando irrumpió en la enorme cocina y avanzó con decisión hacia la pared donde estaban colgados los cuchillos de hacer matanza. Cogió el más pequeño de todos y lo agarró con fuerza. Apretando los dientes, se cortó la trenza derecha, tirándola después al suelo; lo mismo hizo con la izquierda, sin poder reprimir también un grito; se había cortado la mano. Recogió los restos y los echó en la lumbre, sin miramientos; apenas tardaron unos instantes en consumirse, llenando la habitación de un olor extraño.

Estaba de pie, mirando el fuego, con la mano ensangrentada asiendo aún el cuchillo, cuando entraron su madre y su abuela.

—¿Dónde... ¡Madre mía!

Ella giró la cabeza despacio, aún aturdida.

—¿Qué te has hecho? —musitó su abuela.

Ella soltó el cuchillo, apenas consciente del dolor. Al acercarse, su madre vio la sangre y, en un silencio incrédulo, sacó a la chica a la luz exterior y se dispuso a curarle la herida. Su abuela, sin decir nada, las acompañó.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir?

Su tía seguía gritando. Ella continuaba comiendo, sin levantar la cabeza del plato; le habría gustado decirle que todos iban a morir, que todos eran condenados a muerte en potencia, pero no valía la pena gastar sus palabras en alguien que no iba a entender nada. El resto de los miembros de la familia tampoco hablaba. Sólo cuando la mujer calló para tomar aire, su tío, el hermano de su madre, intervino, apremiante; aprovechando para hacerse con la palabra unos instantes.

—Necesitan una chica en la casa del Barón —anunció.

Las miradas que habían estado fijas en los platos se volvieron silenciosamente hacia la chica.

—¿Para qué? —preguntó su abuela con un hilo de voz.

—Creo que cuidar a su esposa. Está enferma, y las criadas que tiene no tienen Clan... A él le gusta hacer las cosas como siempre...

Vio a su tía asentir con aprobación.

—Te prepararé una bolsa con tus cosas —terció su madre, conciliadora.

La joven se encogió de hombros. Qué buena manera de librarse de ella.

—Se lo diré al Barón... Mandará a alguien a hablar contigo —añadió su tío, dirigiéndose a su madre—.

Le gusta hacer las cosas bien —insistió.

Ella suspiró. Bueno, si eso era cierto, por lo menos no la violaría.

Para llegar hasta la casa del Barón había que subir una ladera empinada durante más o menos dos horas, por un camino que ningún carro podría transitar. La chica se mareó varias veces durante el ascenso. Un hombre calvo que decía ser el Chambelán había ido a buscarla. No era de ningún Clan, así que el aspecto de su pelo no le escandalizó demasiado. Le habló en tono monótono de sus obligaciones. Tendría que hacer compañía a la mujer del Barón, que se estaba muriendo. No tenía nada contagioso. Era la Maldición.

La “casa” del Barón era un auténtico castillo, tras el cual se extendía un espeso bosque. Las enormes puertas estaban entrecerradas y había algunos hombres en el patio, la mitad de grande que la plaza del pueblo. Ella se preguntó cómo habrían hecho para subir todas las piedras, tejas y ladrillos hasta esa cima inaccesible, mientras el calvo la llevaba a la cocina. Allí había otra chica, poco mayor que ella, con dos largas trenzas negras.

—¿Vienes a cuidar de la Señora? —le preguntó, en cuanto el calvo se ausentó un momento.

Ella asintió.

—Era la alternativa a casarme —añadió con una media sonrisa.

La chica de las trenzas sonrió.

—Yo soy Diszen —dijo—. Acabo de ascender a cocinera. Antes sólo limpiaba cosas.

—Yo... —titubeó—. Mi abuela me llama Floria.

El calvo acababa de volver.

—Sube —ordenó, seco—. Te esperan.

Con su bolsa en brazos, fue conducida a una enorme habitación luminosa en el segundo piso de la torre. Había una cama tan grande como el corral de su casa y, en ella, una cara y unos brazos pálidos asomaban entre las mantas de piel. El rostro parecía joven.

—¿La sobrina del carpintero? —preguntó una voz tras la chica. Floria se sobresaltó. La voz pertenecía a un hombre vestido de terciopelo, mayor, que dedujo sería el Barón. A la chica le pareció incluso más viejo que su tía. Menudo casamiento más raro. Ninguna madre en su sano juicio dejaría a su hija casarse con alguien tan viejo, ni ninguna muchacha se arriesgaría a que sus hijos quedasen sin padre antes de la quincena. Pero a lo mejor la pobre moribunda no era de ningún Clan y el dinero del Barón había sido razón suficiente para casarse.

—Sí.

—Soy el Barón —dijo él, como desganado y molesto—. Ella es mi esposa. La llamarás Señora. La ayudarás a comer mañana, mediodía y atardecer, procurarás que siempre esté peinada a su gusto y cambiarás sus sábanas cada tres días. Te llegarán limpias, otras cuidan de ello. Después de su cena, vendré a pasar tiempo con ella. Tú te irás hasta la mañana siguiente, otros vigilan su sueño. Dormirás aquí, al final del pasillo. Podrás bajar al pueblo cada luna nueva a celebrar con tu familia. Les mandaremos tu sueldo salvo una cuarta parte que te dejaremos a ti. ¿Lo has entendido?

Ella asintió.

Diszen entró entonces. Dejó en una mesa una bandeja con algunos platos y se fue, sin decir nada.

—¿Es la comida? —preguntó ella, mirando tímidamente al Barón.

—Sí.

La chica dejó el fardo en el suelo, junto a la puerta, y se lavó las manos en la jofaina. Se llevó la bandeja a otra mesa junto a la cama y empujó con suavidad el hombro de la Señora, que entreabrió los ojos, pero ni la miró. La convaleciente señaló un cuenco con una sopa espesa, estirando su brazo famélico.

El Barón se había ido. La chica le dio la sopa y unas patatas de aspecto horrible a la Señora, que rumió el almuerzo en un silencio roto sólo por algunas toses. Diszen volvió al rato a retirar la bandeja y la saludó con un guiño, pero sin decir nada. La chica verificó el estado de las trenzas de la Señora tras la comida y se aburrió mirando por la ventana. Llegó la cena, bastante parecida. Un trozo de pan con tocino era para ella, según le señaló Diszen con un siseo. Como había prometido, el Barón llegó después y la chica se marchó con su comida al cuartucho que le habían destinado. Masticó mirando las últimas luces del crepúsculo por el ventanuco y se acurrucó en el camastro a llorar.

Los días pasaron monótonos todo el verano. La chica no bajó al pueblo las dos lunas nuevas siguientes, ni pasó su iniciación como Doncella en su decimosexto cumpleaños. Empezó, a instancias de Diszen, a pasar parte de la noche en la cocina con el resto de la servidumbre, escuchando las historias de los mercenarios del Barón, sobre todo las de uno que se hacía llamar Sacaosjos. Resultó que en el castillo había un alquimista loco. Algunas noches Diszen y ella subían al laboratorio y leían sus pergaminos en busca de conjuros para la eterna juventud.

La Señora murió al poco de empezar el otoño, sin haber cruzado jamás una palabra amable con ella. El Barón despidió a la chica cortésmente. Ella prometió ir a visitar a Diszen cuando el invierno terminara. En casa, todo seguía igual que antes.

Incluidas sus ganas de saltar por el acantilado.

Ansur consideraba que su vida era perfecta, en todos los sentidos. Tenía todo lo que podía desear, que no era tampoco mucho: comida abundante y sabrosa todos los días, tanta como pudiera tragar; un hogar cálido y confortable, bien protegido dentro del castillo, y una esposa joven como él considerada por todos la combinación perfecta de gracia, dulzura y belleza.

Lo había conseguido todo él solito, con la inestimable ayuda de la buena suerte y, según él, de la estrella que por esos parajes llamaban Ibani, aquella que siempre señala el norte. Hijo de un honrado lanero, Ansur había descubierto que tenía un habilidad sobrenatural para todo aquello que estuviese relacionado con la puntería: a los siete años, su tirachinas era el más temido por todos los muchachos del castillo; a los trece, utilizaba un rústico arco para impresionar a las muchachas y, a los quince, el Conde lo exhibía en sus torneos como “el arquero sin par”. Así había ganado popularidad, todos los vecinos del Conde felicitaban a éste por contar entre sus vasallos con un joven tan diestro y sorprendente. El trabajo de Ansur era sencillo y nunca le había supuesto una carga: apuntar y disparar. Se ponía a sí mismo distancias cada vez más grandes y obstáculos cada vez más enrevesados: era ya un reto personal. Quería ser el mejor.

Aquella tarde, en la que el sol iluminaba el día sin mucha intensidad, peleando con las nubes para que sus rayos llegasen al suelo, Ansur no tenía otra cosa en la cabeza que volver a ganar. El Conde, como cada año, había organizado el torneo del Rebrote, donde el arquero era la estrella principal. Sólo dos competidores se habían atrevido a presentarse. Ansur estaba tranquilo.

El castillo se había convertido en un caos polvoriento y colorido; gente, estandartes, gritos, sonidos arrancados a instrumentos que sus intérpretes tenían la indecencia de llamar música. Los torneos atraían a acróbatas y saltimbanquis, a narradores de historias que entretenían a los niños, a vendedores de amuletos contra el mal de ojo y a un sinfín de curiosos; además de, inevitablemente, a ladronzuelos que veían la aglomeración de nobles de distintas partes del país como un mercado abundante y variado.

Mientras esperaba su turno, Ansur contemplaba interesado los progresos de los caballeros en la justa, gritando como todos los demás y berreando como un energúmeno vítores al hijo del Conde, del que se esperaba hiciera un buen papel. A su lado había un hombre, muy desaliñado, con barba de varios días y la ropa manchada. Ansur no recordaba haberlo visto nunca.

—Ese jovencito no aguantará más de un sopapo —gruñía el forastero, ante la presentación del hijo del Conde.

—Lo he visto entrenarse, parece bueno —replicó Ansur.

—Está asustado como un conejo. Le temblará la mano. Se le caerá la lanza. Y adiós muy buenas.

Ansur masculló una protesta y dejó de hablar con el forastero. Para su sorpresa, el joven joven hijo del Conde, un par de años mayor que Ansur, mordió el polvo en la primera embestida, quedándose tendido en el suelo sin moverse. Su contrincante le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse, pero el hijo del Conde no se la tomó.

Aquella noche Ansur acudió un rato a la taberna del castillo para comentar el asunto del día y enterarse de los últimos rumores. El local estaba abarrotado de gente que había pensado lo mismo que él.

—¡Como lo oyes! Todos están ya de luto, parecen una familia de cucarachas —decía uno de los muchachos que trabajaba en la servidumbre—. Mañana izarán el pendón negro. ¡Tendrías que haber visto llorar a las niñas!

—Odio los lutos —se quejaba el encargado de las caballerizas—. Silencio en el castillo durante siete días, ¡ni toser puede uno sin que lo miren mal!

—Ah, Ansur, aquí llegas —saludó el sirviente—. ¡El cuello roto! ¿Te parece manera de morir?

—Una forma horrible —asintió Ansur—. ¿Ha decretado siete días de luto?

—Claro. ¡Pobre chico! —exclamó el tabernero.

—Y además nos hemos quedado sin torneo —gimió el de las caballerizas—. ¡Con las propinas que deja el Duque de Altatorre!

—No pienses sólo en el dinero —reprendió el tabernero—. ¡Piensa en la Condesa y en sus hijas! Ahora mismo lloran a mares en sus habitaciones. El torneo no podría haber continuado así.

—Muy cierto —apoyó un hombre, al lado del mozo de cuadra, que Ansur reconoció como el forastero que había predicho la muerte del joven—. Habría sido muy triste.

—Tú lo sabías —acusó Ansur—. Tú sabías que no estaba preparado.

—No hay que ser un experto. Hasta la armadura le quedaba grande.

—Un poco holgada sí que le venía —concedió el mozo de cuadra.

—Y lo peor es que no he podido ver lo que me había traído hasta aquí —suspiró el forastero—. Quería comprobar con mis propios ojos la habilidad del Arquero sin Par. Al suspenderse el torneo, me han dejado con la miel en los labios.

—Tienes delante al hombre que buscas —dijo el tabernero, mirando a Ansur.

—¿Tú eres el Arquero sin Par? ¿Una uva a cincuenta pasos? —preguntó el forastero, alborozado.

—El mismo —sonrió Ansur, henchido de orgullo.

—¡Esto es suerte! —rió el hombre—. ¿Puedes acompañarme fuera un momento? ¡Apuesto a que no le das al palo del estandarte de Bafría desde la puerta!

—¿Cuánto apuestas?

—¡Tres monedas de plata!

—¡Vamos fuera! —exclamó Ansur, levantándose con rapidez—. Así me gusta a mí... ¡Dinero fácil!

El forastero, sonriente, le cedió el paso y, solemnemente, salió tras él.

—¿Es él?

—Me cercioré.

—¿Y es tan bueno como dicen?

—Lo he seguido la pista durante tres meses. Y todo lo que dicen es cierto.

Ansur estaba demasiado aturdido como para comprender que hablaban de él.

—Entonces, el jefe estará contento. Su partida está casi completa.

—¿Qué falta?

—Uno, creo. Una. La carnaza.

—¿Dónde estoy? —gritó Ansur, incorporándose. Miró a su alrededor. Estaba en mitad del bosque, al lado de una hoguera; lo habían tapado con una manta. Era de día. Dos hombres estaban frente a él: uno sentado y masticando, y otro de pie con aspecto cansado. Tenía unas patillas morenas e hirsutas que le llegaban hasta la mandíbula.

—En el bosque de los Lobos —respondió el hombre de las patillas—. Ansur el Arquero, me han dicho...

—Sí —dijo Ansur.

—Verídico el Mercenario, mucho gusto —dijo el de las patillas, que también se sentó—. Más conocido como Sacaojos. ¿Quieres un poco de tocino?

Las tripas de Ansur rugieron afirmativamente.

—A mí me puedes llamar Lince —dijo el otro hombre, alcanzándole una generosa hogaza con un grasiento trozo de tocino—. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco.

—Se te pasará. Me pasé con la droga, lo siento. No le cojo el tranquillo a los nuevos productos de ese alquimista imbécil.

Ansur recordó todo de pronto. Su primera idea fue levantarse y retorcer el pescuezo a ese secuestrador, pero inmediatamente reparó en la enorme espada que había en el suelo junto a él. Después pensó en echar a correr hacia la espesura, pero el bosque de los Lobos no le debía su nombre a la imaginación de ningún poeta, sino a la trágica experiencia terrenal.

—¿Qué hago aquí? —preguntó. Los dos hombres lo miraron inexpresivos.

—Ojalá lo tuviéramos claro —suspiró Sacaojos.

—Para tu tranquilidad, no vamos a matarte ni a torturarte ni nada semejante. Es más, nos encargaremos de que tu estado de salud sea el mejor posible —apuntó Lince.

—El jefe opina que los muertos no tienen buena puntería —dijo Sacaojos, y rió con ganas de su amago de chiste—. Ah, Ansur; si le sirves bien te dará un buen pellizco.

—¿Servir? ¿A quién?

—Al jefe. Es un duque. ¿O un conde? —dijo Lince.

—Un príncipe desde luego no. ¿Marqués?

—No me parece...

—¡Barón!

—¡Eso! —exclamó Lince—. Es un Barón. Tiene bastantes tierras... pero no sirve a ningún rey. ¡Je! Es demasiado orgulloso.

—¿Y qué quiere de mí? ¿Y por qué... Así?

—A lo primero tendrá que contestarte él en persona —dijo Lince—. Y lo segundo...

—Mi amigo necesitaba practicar —gruñó Sacaojos—. Y no creo que lo hubieras acompañado de buenas maneras, sin explicarte a dónde ibas. ¿Me equivoco?

—No.

—Ya lo sabía. Y ahora, levanta; tenemos un barco que tomar.

Tas-Rad era un hombre feliz, dentro de lo que cabía. Era conocido como el más sanguinario pirata del Mar y los Mares; tenía una ojeriza especial a los supervivientes de los abordajes y le perdían las mujeres, de cualquier género o edad. Las ancianas de la secta de los Solares lo habían podido comprobar en más de una ocasión, cuando hacía escala en la isla de Ninci. No lo habrían confesado jamás, pero esperaban su llegada con ilusión.

Su espada curva era el “regalo” que le había hecho amablemente el cadáver del antiguo capitán de su barco *Asesino Navegante*, el viejo Mordiente Cortaorejas. Se decía que aquel que la empuñaba no podía ser atrapado jamás por la justicia... Eso había perdido a Mordiente. Tas—Rad podía ser muchas cosas; pero justo, no.

Tenía una gran cicatriz ritual en la mejilla derecha, hecha por el Jeque de los Mares, cuando le reconoció

como capitán del *Asesino Navegante*. Él la lucía con orgullo. Solía atemorizar a cualquiera que se cruzara en su camino. También le faltaba el meñique de la mano izquierda, pero nunca lo había utilizado demasiado. La profesión tenía esas cosas.

Esperaba en la cubierta, canturreando. Sacaajos tendría que estar a punto de llegar. Lo consideraba un gran tipo, a Sacaajos. Dominaba el vocabulario básico del idioma de Tas-Rad: oro, diversión y ninguna regla. No le hacía mucha gracia eso de ponerse a las órdenes del Barón Jefe, pero parecía una empresa rentable. Además, el cuchillo que Sacaajos había utilizado como argumento era bastante convincente.

Cerca de él, sentado con las piernas cruzadas, estaba ese jovencuelo que había venido con Sacaajos. No recordaba si se llamaba Peltre o Peletre, pero daba igual. Sacaajos lo había dejado como prenda de que volvería. Había sugerido a Tas-Rad que se hiciera amigo suyo, pero el pirata no tenía ningún interés.

—¿A ti también te paga Sacaajos? —le preguntó al, a su juicio, enclenque chaval. No era simple curiosidad.

—Eso dice —contestó el joven.

—Ah, todos tendremos oro —se dijo Tas-Rad, complacido.

—A mí no me interesa el oro —masculló el joven.

—¡Eh, Pescadito!—gritó una voz desde el mar. Tas-Rad se asomó. Había un bote. Allí estaban Sacaajos y dos hombres más, además del pescador que remaba. —¡Espero que tengas a bordo algo de comer!

A Tas-Rad no le hacía mucha gracia que lo llamase Pescadito, pero tampoco tenía la intención de dejarlo vivir después de cobrar.

—Puntual —alabó Tas-Rad a Sacaajos cuando estuvieron a bordo—. ¿Más amigos?

—Pues sí —dijo Sacaajos—. Te presento a Lince, mi insigne colega; y a Ansur, el Arquero sin Par.

Tas-Rad se sorprendió. ¡El Arquero sin par! Por supuesto que había oído hablar de él. ¡Las proezas que se contaban de ese hombre eran increíbles! Quizá podría convencerlo de que se uniera a su tripulación.

—Yo soy Tas-Rad, y me conocen como el terror del Mar y los Mares —dijo con orgullo—. ¿También os busca el Barón Jefe?

—Exactamente —dijo Sacaajos—. ¡Eh, Petelaoreiro! Te presento a...

—He oído sus nombres, gracias —dijo el joven, levantándose—. Hola. Prefiero Peiro.

—Es políglota y sabe de protocolo, pero a parte de eso no tiene nada importante —informó Sacaajos al resto—. Bien, Pescadito... Pon a navegar este trasto. El jefe nos espera.

Las puertas estaban abiertas y nadie les impidió el paso cuando cruzaron tres patios sucesivos, hasta entrar en el castillo propiamente dicho. Se encontraron en una sala enorme, de la que partían pasillos, corredores y estancias, incluso otro patio ajardinado. Sólo había una mujer, que barría el suelo rezongando.

—¡Ya iba siendo hora, Verídico! —gritó al verlos entrar, y se acercó a ellos blandiendo la escoba con furia—. ¿Sabes qué día es hoy?

—Lo sé, Diszen.

Diszen miró al grupo. Era morena como Sacaajos, pero no tenía patillas. En cambio, dos trenzas prietas le caían orgullosas hasta la cintura.

—Habéis tardado mucho más de lo acordado —rezongó Diszen.

—Como si nos hubieras echado de menos —gruñó Sacaajos, dejando su capa desastrada en un banco de piedra—. Avisa a Calvorota de que ya hemos llegado.

—¡A sus órdenes, su Señoría! —dijo ella haciendo exagerados aspavientos, y le entregó la escoba a Sacaajos—. ¡Avisaré a su Señoría, claro, cómo no! —siguió, marchándose por uno de los corredores. Sacaajos sonreía.

—Acabáis de conocer a mi simpática hermana —dijo—. Dejad aquí lo que os estorbe, nadie os lo arrebatará.

Mientras terminaban de quitarse capas y chaquetas, Diszen volvió con un hombre cuyo rasgo principal era una reluciente calva flanqueada por dos matojos hirsutos de pelo castaño. No sería mucho más viejo que Sacaajos.

—¿Ya estáis aquí? Estupendo. Venid conmigo —dijo, haciendo un gesto con la mano, y echó a andar por el más ancho de todos los pasillos—. Yo soy el Chambelán del Barón. Os esperaba. El Alquimista dijo que llegaríais hoy. ¡Abrid al Chambelán! —gritó a una puerta, sobresaltando a Tas-Rad, que gruñó.

La puerta se abrió despacio, y vieron la cabeza del jovencito que tiraba de ella. El Chambelán entró, y con él todo el grupo.

Al final de la sala, encontraron al Barón y a su mirada.

—Sed bienvenidos en mi humilde hogar —dijo el Barón, después de que todos se arrodillasen ante él, en fila, como les indicó el Chambelán.

—Todos han aceptado escuchar vuestras condiciones —dijo Sacaojos, con una seriedad que no habían visto antes en él—. Son...

—Tas-Rad, bebedor de sangre, llanto para las doncellas, solaz para las aisladas —dijo una voz temblorosa, que venía de detrás del trono del Barón. Un anciano se arrastró hasta quedar visible; llevaba una gastada túnica azul, y tenía unas grandes ojeras—. Ansur, feliz demasiado pronto, vives en el orden incorrecto... Mejores son los males primero y la tranquilidad después. El que ve... El que ve como un Lince y, sin embargo, no sabe mirar. Y vos... —levantó la mirada por primera vez, para clavarla en Peiro—. Ah...

Le hizo una burlona reverencia, sonriendo exageradamente mientras soltaba una risita aguda. Peiro lo miró con entereza.

—Mi Alquimista, el más leal de todos mis servidores —dijo el Barón, y pudieron ver un amago de sonrisa en su boca—. Os ha hecho un valioso regalo con su saludo, aunque no lo creáis.

—¡Es un Adivino! —exclamó Tas-Rad—. Los Solares tienen adivinos, y no dicen más que patrañas. ¡Ya han visto tres veces el fin del mundo!

—Patraña o no, las palabras de este hombre han salvado muchas vidas y en más de una ocasión —dijo el Barón.

—¿Podríais omitir más bienvenidas y pasar de una vez al asunto principal, Barón? —pidió Peiro, con voz cansada.

—Yo tengo más prisa que vosotros —dijo el Barón con gravedad—. Pasaremos enseguida al asunto principal.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Tas-Rad.

—Ayuda —contestó el Barón.

II. LA PICADURA DEL ESCORPIÓN

La tarde que todo cambió ella estaba fregando la olla en el patio, en un balde enorme lleno de agua helada. Las manos se le empezaban a poner moradas y no las sentía.

Ese invierno había participado con más desgana que nunca en los Ritos. Las cintas blancas colgaban patéticas a los lados de su cuello, no había un largo pelo en el que entretejerlas. Habían corrido rumores infundados de su estancia en el castillo. Aunque no había pasado estrictamente su iniciación como Doncella, ya la trataban como a una adulta. Los Ungidos habían comenzado a enseñarle las Lenguas Antiguas, como correspondía a su edad. La gente murmuraba al verla ataviada con botas y ropas poco propias de una Doncella, “nunca encontrará marido”, decían. Ella esperaba en silencio que así fuera.

En su casa aparecieron dos ancianas una tarde, para hablar con su abuela. El muchacho que venían a ofrecerle no sabía leer y aspiraba a alimentar cerdos hasta que se lo permitieran las articulaciones. Su abuela rechazó la oferta, alegando excusas diplomáticas. Al saberlo, Floria estuvo toda una luna haciendo sus tareas antes de que hubiera que pedirselas, y las primeras fresas de temporada fueron el postre de la mujer en un soleado desayuno..

Los otros tres muchachos que aparecieron por la casa fueron igualmente despachados con buenas palabras por su abuela, evitando que Floria tuviera que cargar con la responsabilidad. Su tía protestaba de cuando en cuando, cada vez que reparaba en su presencia y en las “greñas de leprosa” que lucía.

—Ponte un poco presentable, que viene a verte el hijo del curtidor.

La chica levantó la cabeza de la grasa pegada en el cobre y vio a su tía. Se había puesto el collar de bolas de plata que usaban las mujeres de su familia en las ocasiones importantes.

—La abuela lo atenderá. Tengo que acabar esto.

Los dedos se le estaban agarrotando.

—Y péinate, por favor. Ponte un vestido.

—Déjame en paz.

Cogió el grueso trapo de secar y comenzó a frotar la cacerola. Seguía entumecida, pero al menos los dedos no le dolían tanto.

—Deberías mostrar más entusiasmo. A este paso, no te vas a casar nunca.

—Me buscaré la vida —amenazó. Mira tú quién abría la boca.

—No tienes hermanos para cuidar sobrinos —siguió la mujer—. No veo qué otra cosa podrías hacer.

El calor que sentía en las mejillas era un contraste brutal con el frío que le empezaba a paralizar los brazos. Habría querido estamparle la cacerola en la cabeza, si hubiera tenido la fuerza necesaria para hacerlo.

—El Barón me ha dicho que la necesita otra vez.

La voz venía de la cocina. Era su tío.

La chica tardó un poco en darse cuenta de que estaba hablando de ella. El verano estaba a punto de llegar. ¿Se habría casado otra vez?

—¿A mí?

La abuela lo había recibido en la cocina y seguro que no esperaban esa irrupción suya tan de repente, con las manos moradas aferrando el trapo de secar el cobre. También la había seguido su tía, con una expresión bastante hosca.

—Sí —dijo su tío—. ¿Te gustaría?

—¡Sí!

Se dio cuenta de que su respuesta había sido demasiado vehemente. El ceño de su tía se hundió un poco más.

Su tío comentó otro par de cosas: cuándo, para qué, algo de las cocinas. Su madre, que también apareció

oportunamente, se alegró en voz alta de haberle cosido un vestido abrigado y siguió comentando la logística. Era algo que tranquilizaba mucho a su madre, preocuparse de cómo meter las cosas en la bolsa, de cuánto tiempo estará fuera, de si llevar o no un jabón en el equipaje.

Bueno, podría esperar unos meses antes de saltar desde el acantilado. El hijo del curtidor, por lo visto, también tendría que hacerlo.

Sisa y Nera reían tras el arbusto, mientras Even y ella se tiraban piñas la una a la otra, también dejando escapar bastantes carcajadas. Esa tarde estaba siendo muy divertida, para variar.

Floria esperaba con ansia el siguiente amanecer. Huir de esa maldita aldea, de los pretendientes. Ya era una Doncella, quizá podría quedarse su sueldo. Quizá... Pudiera ahorrar. Coger un barco. Lejos.

—¡Tienes menos puntería que un topo manco! —gritó Even, tirándole una piña.

—¡A ver si me lo repites cuando te incruste esto entre ceja y ceja! —replicó ella, acertando con su lanzamiento en un inocente matorral bastante lejos.

Eso sí iba a echarlo de menos. A ellas, sí. Ya las echaba de menos, en realidad: Even estaba a punto de casarse, Sisa lo había hecho el año anterior y Nera durante el invierno. Ya no tenían tiempo para ser algo que no fuera “esposa”. Y, probablemente, pronto ascenderían a madres.

Sisa fue la primera en verlos. Dejó de reír de inmediato y tiró de la manga de Nera hasta que consiguió que cesaran sus estruendosas carcajadas. Nera miró con horror lo que se acercaba, pero tuvo bastantes reflejos más que Sisa.

—¡Mirad! —aulló, señalando con el brazo al grupo. Even dejó caer la piña al suelo. Floria retrocedió hasta el arbusto, mientras los extraños hombres se acercaban. Eran tres y llevaban armas.

Uno de ellos dio el alto a los demás. Tenía patillas hirsutas.

—No os vamos a hacer daño —aseguró.

—¿No? —preguntó otro con desilusión, uno que portaba un enorme espadón curvo.

—Todavía —concedió el anterior, bajando del caballo. Los otros le imitaron. Even y ella cruzaron una mirada bastante elocuente.

—¡Corred! —gritó Even, y pronto desapareció cuesta abajo, seguida por el resto. Sisa se tropezó con el vestido y cayó rodando, pero logró incorporarse y seguirlos; mientras, Nera trotaba detrás dejando escapar gritos de pánico. Los hombres titubearon un momento, y luego se lanzaron en su persecución..

Atraparon a Nera primero, cuando Even ya estaba cruzando el río por el tronco.

—¡Un momento de tranquilidad! —gritó el hombre de la espada curva, que amenazaba la garganta de Nera.

—¡Si le tocas un pelo te enteras! —gritó Even, volviendo a la orilla.

—Me llaman Sacaojos —dijo el hombre de las patillas, bajando hacia ellas—. No queremos haceros daño. Si os quedáis quietas, a vuestra amiga no le pasará nada...

—¡Soltadla! —exigió Even, roja. Se había despeinado; los bucles rubios se le escapaban de la trenza. Floria le aferró el brazo.

—¡Yo te conozco! —le gritó al que se había presentado como Sacaojos, que la ignoró.

—Mi nombre es Lince —intervino otro—. En mí sí podéis confiar —añadió, acercándose a Nera y al desagradable tipo de la espada—. Suéltala, Rad.

El hombre dejó libre a Nera, que miraba a Lince aterrorizada.

—¡No me mates! —musitó la joven. Lince sonrió y, cuando ya todas pensaban que le cortaría la garganta o le haría alguna otra cosa horrible e imposible de imaginar, él hizo una cortés reverencia ante ella. Nera tardó medio segundo en llegar a la orilla junto a las otras. Lince la siguió, con la misma rapidez. Las muchachas retrocedieron hacia el tronco.

—Muévete, que no tenemos todo el día —apremió el de las patillas—. Es la del pelo corto que parece un muchacho.

—¡No te acerques! —dijo Even, interponiendo un pequeño cuchillo que sacó del cinturón. Floria la imitó. Llevaba una daga, más larga que el arma de Even. Esas hojas las habían sacado de más de un apuro. Los

Ancestros no las aprobaban, pero ella se estaba acostumbrando a ofenderlos sin remordimientos.

—Yo no voy armado, señora —dijo Lince—. Presumo que eres la nueva cocinera del Barón, ¿cierto?

—Cierto —asintió ella, con los nudillos blancos apretando la empuñadura.

—Pues tendrás que venir con nosotros —suspiró Lince, esparciendo ante sus narices unos polvos olorosos. Ella bizqueó y se tambaleó.

—¡Y un cuerno! —intervino Even.

—Chica, podría romperte el cuello ahora mismo —dijo Lince en voz baja, cogiendo del brazo a la aturdida muchacha—. Pero sólo me pagan por atrapar una lechona.

Even ya iba a protestar cuando Lince la empujó con brusquedad, haciéndola caer al río. El mercenario cogió a la chica drogada en volandas, que gritaba con ímpetu luchando contra el somnífero, y que perdió la consciencia enseguida.

—Te has pasado —recriminó Sacaojos a Lince.

—No paraba de berrear; ¿qué querías que hiciera? Además, sólo es un poco más de somnífero... Como mucho, le producirá dolor de cabeza.

—Eso si logramos que despierte antes de llegar al castillo.

—No seas pesado.

—Habría bastado con que le dijésemos quiénes somos. Habría venido como un corderito. No sabe lo que le espera.

—Oye, lo del rapto le dará una excusa al Barón para que la abuela de la cucaracha no lo maldiga un poco más cuando la niña no vuelva en otoño.

—Ya, pero...

La chica hizo amago de protestar, sobre el caballo de Lince. El mercenario chasqueó la lengua para tranquilizarla.

—¿Me puede explicar alguien para qué queremos una criatura como ésta? —interrumpió con un gruñido Tas-Rad—. Sólo conozco una cosa para la que sirvan las chicas así, y es...

—Si le tocas un pelo te rebano los dos bodeques que tienes por orejas —cortó Sacaojos—. Viva e intacta. Sobre todo intacta. Esas son las órdenes, y yo las cumplo siempre y cuando se me pague bien... Y ése es el caso. Creo que quieren quitársela de en medio. Y lo van a conseguir.

—Así que guárdate tus opiniones —añadió Lince.

Sacaojos suspiró. Al menos, no había sido Diszen.

Cuando el Barón volvió a recibirlos, ella permanecía aún medio atontada. Lince le había hecho aspirar unos vapores que olían a perro muerto, a ver si se despabilaba algo más. Era él quien la sostenía, mientras el Barón les daba la bienvenida.

—Gracias por este pequeño favor —fue lo primero que dijo—. Corben...

Calvorota, que había estado esperando al lado de la puerta, se acercó a ellos. Puso en la mano de cada uno dos piezas de oro, que tuvieron la virtud de hacer chispear los ojos de Tas-Rad.

—¿Tanto? —musitó. Ese sí que prometía ser un negocio rentable—. ¡Dos piezas de oro por agarrar a una muchacha de los pelos y llevarla a un castillo! Estupendo, ¡estupendo!

—Mis pagos son generosos —dijo el Barón con desgana. El Alquimista, Adivino o lo que fuera seguía sentado al lado del trono, absorto en el infinito.

—Creo que ha llegado el momento de que pongáis las condiciones... Y la misión —dijo Sacaojos, prudentemente.

—¿Dónde estoy? —preguntó la chica de repente, separándose de Lince y mirando a su alrededor—. ¡Tú! —le gritó a Lince, en cuanto lo reconoció.

—Está un poco confusa, la impresión ha sido muy fuerte —intervino Lince, agarrándola por un brazo—. Escucha... Él es el Barón, ¿te acuerdas de él, verdad?, y va a decir unas palabras. Tenemos que escucharle en silencio, ¿de acuerdo?

Puede que fuese por el efecto de la droga, pero ella frunció el ceño y asintió.

—Me duele la cabeza —dijo con un suspiro, y se volvió hacia el Barón—. Buen día se os desea — saludó, haciendo una delicada reverencia. Sacaojos sonrió ante aquellos modales, después de haberla visto vociferar tacos de carretero hacía apenas unas horas.

—Buen día también para vos —dijo el Barón, sonriendo por primera vez—. Te recuerdo. Cuidaste de mi esposa.

—Buen día será en verdad, porque será tu comienzo —dijo la voz del Alquimista, mientras clavaba los ojos en la chica, que dio un respingo asustada—. No, no tienes miedo. Hace mucho que sabes que es inútil tener miedo. Ah... Cuántos sueños escondes en esa misteriosa cabecita. Puede que alguno se haga realidad, pero depende de ti. Yo te llamo Lehn, soñadora... Y así serás conocida. Sí.

La chica lo miró, asombrada, y luego buscó los ojos del Barón.

—Mi Alquimista suele saludar de forma particular —dijo el Barón en tono tranquilizador—. Lehn era tu nombre, pues...

—Bueno...

—No te necesito para la cocina, pero tu abuela no te habría dejado venir si le hubiera dicho para qué — siguió el Barón, cambiando de pronto la voz—. ¿Te gustaría viajar en barco?

—¡Escoria! —gritó el Alquimista, levantándose. Siguió hablando en una de las lenguas antiguas unos cinco minutos, mirando a la pobre chica, que lo observaba pasmada. La cara de Peiro se tornaba más y más sombría cuanto más avanzaba el discurso del anciano. Al final el Alquimista calló y volvió a dejarse caer al lado del trono, riendo como un imbécil.

Los hombres de Tas-Rad miraban a Lehn con curiosidad, pero se abstendían de hacer cualquier comentario ante la expresión fiera de Lince, quien había recibido el encargo de procurar que siguiera viva y no la violasen a la menor ocasión. “Nodrizo” había sido el epíteto elegido por el pirata para él. Lo habían echado a suertes entre él y Sacaojos; según dijeron, porque la educación de Ansur le impedía levantar la mano a una damisela, y nadie en su sano juicio encargaría a Tas-Rad algo semejante, ya que aprovecharía cualquier ocasión para robarle una muela como poco.

Lince estaba un poco incómodo con su cometido, pero pronto comprobó que su protegida parecía saber manejarse solita, así que ahora únicamente cuidaba de lo que los piratas pudieran hacerle. La afición deshonrosa de Tas-Rad podría dejarla inservible y arruinar los planes del Barón. Sus verdaderos planes. Sólo él y Sacaojos conocían el verdadero objeto del viaje; quizá podrían habérselo contado también a Tas-Rad, pero su devoción por el oro hacía innecesario complicar más las cosas.

Comenzar un viaje siempre subía la moral de Lince.

—No me gusta este barco —refunfuñaba Sacaojos, entrecerrando los ojos y mirando con odio a toda la tripulación de Tas-Rad—. Seguro que intentan arrancarnos las tripas mientras dormimos.

—Oh, no —dijo Lince—. Pescadito no se lo permitirá. No va a dejar pasar la oportunidad de ganar las doscientas piezas de oro y de robarnos las nuestras después. Hasta que cobremos, estaremos a salvo.

—Y odio el olor —siguió Sacaojos—. Las pocilgas del Barón están más perfumadas que esto. Y me pone enfermo la idea de estar a merced de Pescadito durante todo el viaje...

—Te preocupas demasiado —dijo Lince, echando otra mirada a la chica. Ahora hablaba con Ansur. Bien, podría ignorarla un rato—. Por cierto, no estás de buen humor.

—Y tú pareces demasiado contento.

—Me gusta mi trabajo, eso es todo. Eres tú el que se ha amargado sin ninguna razón.

—Oh, tengo mis razones —replicó Sacaojos con un gruñido.

Lince sonrió.

—Ah, eso. ¿Qué te ha echado en cara esta vez?

—Nada. Ahí está el problema. Ha decidido ignorarme. Anoche... Anoche fui a despedirme, y me habló como si me marchara a dar una vuelta. Ni llantos, ni nada. Ni los gritos desahogados de la última vez. Como si ya no le importara.

—Que es lo más probable —dijo Lince, encantado de haber encontrado una cuerda para tensar los nervios de su compañero—. Esta vez la he visto muy compenetrada con Calvorota...

—¿Qué intentas decir? —saltó Sacaojos.

—Nada.

—¿Nada?

El berrido de Tas-Rad interrumpió su conversación.

—¡Nos vamos, compañeros! —aulló el pirata. Dio unas cuantas órdenes en el idioma del mar, una mezcla de dialectos tan heterogénea que pocos podían comprenderla, y después empezó a cantar a voz en grito una tonada marinera, coreado por todos sus tripulantes.

—Se me había olvidado esto —gimió Sacaojos, y Lince rio.

—Bueno, si algún día se entera que gracias a tus asaltos nocturnos ha salvado el pellejo, te lo agradecerá.

—No tenía los ascendientes adecuados —gruñó Sacaojos.

—Lo habrían intentado igualmente. Es todo lo que podemos hacer.

—Tendríamos que contarle al resto la verdadera misión.

—El delicado políglota se lo huele. No le digas nada al arquero, es demasiado honorable. A Pescadito cuéntale lo que quieras, no creo que le importe. Seguro que si le dejas violar el cadáver estará más que contento de colaborar.

—No hacía falta ser tan macabro.

Una vez superado el mareo, ella disfrutó del viaje. Mirar las eternas ondulaciones azules, sus cambios según el viento, aprender los rudimentos de la navegación por pura observación y escuchar los berridos absurdos supuestamente melódicos de los piratas la mantuvieron entretenida la primera semana, que se le hizo eterna.

Luego empezó la sangre. Tras la primera escaramuza, que se pasó en la bodega sollozando junto a Peiro y rezándole en el idioma antiguo a unos Ancestros en los que no creía y probablemente no tendrían jurisdicción en mar abierto, decidió que había maneras de luchar contra la impotencia sentida aquella noche. Le pidió a Lince que le enseñara a defenderse. Lince se carcajeó en su cara, pero ella no se rindió. Ansur, demasiado amable como para negarse, aceptó a enseñarle a lanzar cuchillos y a mejorar su puntería. Incluso le regaló uno de sus propios juegos, tres cuchillos livianos, que demostraron su inmensa utilidad cuando atravesó de parte a parte el brazo de un enorme pirata en el siguiente ataque, lo cual salvó la vida a Sacaojos. Ella jamás admitió que había apuntado a otro pirata un par de metros más lejos.

Sacaojos, por agradecimiento a las deidades oscuras en las que confían los asesinos, aceptó enseñarle algo más. Le dijo que tendría que ser como una serpiente, o un escorpión; porque ella también era pequeña y débil, pero un buen aguijón envenenado —o sin envenenar— y la suficiente rapidez podrían sacarla de muchos problemas. Le enseñó dónde hacer daño sólo con sus pequeños deditos, cómo inmovilizar a un mastuerzo como Tas-Rad únicamente con los pulgares. Empezó a divertirse torturando a Peiro con sus nuevas habilidades, y al capitán de los piratas, quien le tomó un cariño extraño. Empezó a llamarla Cachorra.

Cuál no sería su sorpresa cuando Lince, que por lo general solía ignorarla, le ordenó que se preparara para bajar con ellos a tierra en el próximo puerto. Iban a empezar con el encargo del Barón. Por alguna razón, la necesitaban.

Lehn creyó descubrirla pronto. Pasearla como si fuera la hija de Sacaojos o la jovencísima esposa de Peiro levantaba menos sospechas que un grupo de hombres hoscos bien armados. No entendía nada de la misión para el Barón, pero no le importaba. Estaba viviendo más intensamente que nunca. Se limitaba a mirar y callar, mientras Peiro se devanaba la cabeza con extrañas traducciones. Aprendió a suturar las heridas con las que Lince y Sacaojos aparecían al amanecer, y siguió con los pocos rudimentos en el arte de rajar al enemigo, en cuya enseñanza incluso Lince empezó a participar.

Y, tres semanas después de la partida, llegaron al puerto de Nahsga.

Lince robó unos pergaminos malolientes del archivo de un brujo para Peiro. Peiro los leyó para sí en la

bodega del barco y, cuando terminó, agarró a Lehn del brazo y le pidió que no hiciera ningún ruido. Después, Peiro rezó, para pasmo de Lehn. Conocía la salmodia, pero el ritmo que el joven le daba era distinto a que ella había aprendido. Unos instantes más tarde, se desató la tormenta.

Lo que Lehn siempre deseó creer que fue una tormenta.

Entre tripas colgando y sangre aguada, Peiro la sacó del barco y la llevó a rastras a través de los callejones del puerto de Nahsga hasta uno sin salida, guardado por un enorme hombre.

—Traigo a alguien para Londra.